**Confianza, No cuestionar** 

Marcos 4, 35-41

*Aquel mismo día, al caer la tarde, les dijo: Pasemos a la otra orilla. Ellos dejaron a la gente y lo llevaron en la barca, tal como estaba. Otras barcas lo acompañaban. Se levanto entonces una fuerte tempestad y las olas entraban en la barca, de manera que la barca estaba ya hundiéndose. Jesús estaba en la popa, durmiendo sobre el cabezal, y lo despertaron diciéndole: Maestro, ¿no te importa que nos hundamos? Él se levantó, ordenó calmarse al viento y dijo al lago: ¡Cállate, enmudece! El viento amainó y sobrevino una gran calma. ¿Por qué son tan cobardes? ¿Todavía no tienen fe? Ellos se llenaron de un gran temor y se decían unos a otros. ¿Quién es este, que hasta el viento y el lago lo obedecen?*

Una tormenta en el mar es algo bien impresionante. Pero también hay tormentas que azotan la vida de las personas que son tan impresionantes como la del mar y Jesús estaba profundamente dormido, porque su confianza en el Padre Celestial no vacilaba y calmó la tempestad para dar una lección de fe a sus discípulos.

Cuenta Santa Teresa de Jesús que en cierta ocasión estaba ella pidiéndole al Señor que curara a una persona que estaba enferma y con la que ella tenía cierta relación, pero la cura no llegaba, la Santa se impacientó y dudó del amor de Dios y entonces Cristo con esa familiaridad que tenía con ella donde le mostraba en visiones el infierno o el estado de su alma o el amor que Él le tenía, cuenta Teresa que el Señor le mostró una mano y que esa mano tenía una yaga, era la suya y de esa yaga salía un clavo y del clavo goteaba la sangre y entonces Santa Teresa entendió que el Señor le estaba haciendo ver que no tenía derecho a dudar de su amor, que no era justo que pusiera en tela de juicio que Él le quisiera aunque no le daba en aquel momento lo que le estaba solicitando.

El evangelio de hoy nos enseña en primer lugar que Dios es el Señor y que por lo tanto no tenemos que cuestionar su amor porque Él es nuestro Señor, porque es Aquel que nos ha creado y en el colmo del amor nos ha salvado y tenemos que aprender a confiar en Él. Es cierto que cuando hay problemas en la vida, hay cruces, sufrimiento, cuando no entiendes el porqué de las cosas puedes correr el riesgo de tentar o retar al Señor, en esos momentos como decía San Pablo recordar los momentos de luz. El Señor sabe cómo somos, Él nos ha creado y el Señor conocía a sus discípulos.

Cuando Cristo inicia la vida pública la inició en las bodas de Caná, con un milagro, donde sus discípulos vieron que convirtió el agua en vino porque ya no había, ellos lo vieron y vieron muchos otros milagros. Jesús no hacia los milagros para divertir a la gente, Jesús los hacía en primer lugar porque podía y para apuntalar la fe de sus discípulos. ¿Cómo van a creer en Él? ¿cómo van a creer que es el Todo poderoso sino hace nada extraordinario?, sus discípulos dirían y ¿quién eres tú? ¿por qué hemos de creer que eres el hijo de Dios?. **Los milagros son expresión de la gracia y del amor de Dios** y **testimonio de que Él es el mecías, el Enviado por Dios**, los milagros son prueba que el Señor da a sus discípulos **para que crean y confíen en Él**. Que cuando no lo entiendan se fíen de Él, cuando no comprendan el porqué de las cosas confíen en que Él, es el Mecías, el Enviado por Dios Padre y eso es lo mismo que tienes que decirte a ti una y otra vez cuando no comprendas los planes de Dios, cuando la cruz que pesa, te haga daño en los hombros o incluso te haga tropezar y caer como le ocurrió al propio Cristo, fíate del Señor, fíate del Señor, ¡yo sé que el Señor me ama! ¡yo tengo pruebas para creer en Él!

Que hay momentos de silencio de Dios, de obscuridad, qué hay momentos que parece que Dios no está; parece, porque si está. Esos momentos de obscuridad vienen precedidos por los momentos de luz porque el Señor que nos ama no nos exige más de lo que podemos dar, sería un Dios caprichoso; un Dios que actúa injustamente, si pidiera algo a lo que no tiene derecho y algo que no nos ha dado.

San Agustín lo decía muy bien: “*Señor dame lo que pides y pídeme lo que quieras*”. Porque cuando el Señor te pide algo ya te lo ha dado previamente, cuando Él te pide que vivas siendo generoso, entregándote, ya te dio las fuerzas necesarias para ello. Cuando te pide que pongas la otra mejilla te ha dado las fuerzas necesarias para que lo hagas, no significa que no te va a costar, no significa que no vas a llevar la cruz, significa que te ha dado la luz para saber lo que tienes que hacer y las fuerzas necesarias para cargar la cruz, tú tienes que poner tu voluntad y tu libertad, tú tienes que aceptar lo que Él te pide y decirle: dame fuerza para hacerlo, quiero hacerlo, pero soy débil. Por eso como Él nos conoce nos da pruebas, momentos de luz para que, en los momentos de dificultad, de cruz, de adversidad, en los silencios de Dios, podamos seguir adelante.

Recordemos los momentos de luz porque **Él es un Dios que me ama y en el que me puedo fiar**.

Hay dos tipos de pruebas de la razón:

Cuando ves la creación te das cuenta de que no es fruto de la casualidad, sino que tiene que haber alguien que hizo todo, que organizó todo y ése es el Dios revelado.

Hay otro tipo de razones, son las del corazón, porque hemos sentido a Cristo, hemos sentido su amor y sabemos que está en la Eucaristía y me doy cuenta de cómo el Señor me levanta y me sostiene. Cuando te conviertes en contemplativo, cuando te arrodillas y haces un acto de confianza, de oración, me fío de Ti; Tú entregaste tu vida por mí, estás en la Eucaristía, sé que me amas. Escuchemos al corazón, repasa las razones que tienes para confiar en Dios y no lo retes porque se merece nuestra confianza.

Que la fe nos sostenga en los momentos difíciles. Solo con Cristo encontramos la paz, el sosiego que necesitamos, **estar con Cristo es tratar de amistad, en largos ratos, con aquel que me ama**. Pero como vas a estar con Él cuando te confiesas muy raramente, cuando pasan meses y estás en pecado mortal y no sientes la necesidad de reconciliarte para estar en gracia. Como vas a tener paz si solo piensas en trabajar, en disfrutar y se te olvida que no eres solo cuerpo sino también alma y necesitas el encuentro y el consuelo con Cristo. Los sacramentos y la oración son nuestro bálsamo para encontrar la paz, la fe te da paz, esperanza, te sostiene, pero necesita tu esfuerzo.

¿Te esfuerzas por darle al Señor el lugar que le corresponde en tu existencia, para que sea Él, el primero en tu vida?